

PADRES Y PASTORES

Lino Emilio DÍEZ VALLADARES

La preocupación de algunos a propósito del riesgo omnipresente de una empobrecimiento de la experiencia cristiana a fuerza de acomodarse a parámetros secularistas, de su reducción en los términos horizontales de la fraternidad y el compromiso social, olvidando la dimensión vertical de una esencial y absoluta referencia a Dios y a la meta del hombre, destinado a la resurrección y a la vida eterna, puede ser en nuestros días, algo más que justificado. No deja de estar provocada y revalidada por algunos comportamientos que, aquí y allá, en las celebraciones litúrgicas –y no sólo eucarísticas–, suscitan tal preocupación.

Al peligro temido, hay que oponer, ante todo, la valoración de los muchos textos litúrgicos que, con machacona insistencia, nos remiten a la espera del Reino, en el anhelo de la visión de Dios y de la vida eterna. El cuidado de los gestos, de las manos elevadas en expresión orante, de la mirada y el tono de la oración, el sentimiento que subyace a las procesiones de entrada y de presentación de los dones, la intensidad de los silencios particularmente cargados de sentido, especialmente cuando se dan en asambleas muy numerosas y se hacen especialmente expresivos como portadores de la divina Presencia, y el arte de celebrar, que el esmero de los pastores sabrá cuidar para sí y sus comunidades, todo esto será –sin duda– el mejor antídoto al temido empobrecimiento.

Desde el punto de vista arquitectónico, nuestras iglesias más antiguas son siempre capaces de acogernos en espacios direccionales

y abiertos, en los que el camino hacia Dios nos lo sugiere inmediatamente la atmósfera circundante, alimentada sabiamente por el juego de luces y sombras y por la distribución de los espacios y los movimientos que sugieren a quienes entran en ellos. Los que hoy proyectan y construyen templos deberían tener más en cuenta este factor, de modo que la justa preocupación de ofrecer a los fieles proximidad espacial al altar no impida la creación de un ambiente que, de todos modos, sea claramente dirigido hacia adelante, hacia el altar y el crucifijo, y en vertical, hacia lo alto, de modo que oriente la mirada y sugiera los caminos procesionales previstos en la celebración. Resultado que se obtiene no sólo con la adecuada distribución de los volúmenes, sino también y sobre todo en el apropiado juego de luces y sombras.

Cuanto –por un lado– ha crecido y sigue creciendo el individualismo, tanto aumenta –por otro– el deseo de proximidad. Colocarnos unos frente a otros, asumir posiciones y actitudes convivales, amar mirarse a los ojos, evitar que la diferencia de roles, incluso respetando la diversidad de funciones, pueda dificultar la relación humana, son todas exigencias difusamente compartidas, a las que siguen hábitos y costumbres extendidas que el ordenamiento litúrgico no puede desdeñar a priori.

1. EL MINISTERIO DE LA PRESIDENCIA

La tercera edición del *Misal*, que tanto se hace esperar en su traducción castellana para España, vuelve a subrayar en su *Ordenación general del Misal Romano* la importancia de cuidar el ejercicio de la ministerialidad en nuestras celebraciones, destacando la figura renovada, con su función propia, del sacerdote (u obispo) que preside.

La «nueva» figura del sacerdote según SC 33 es la del presidente de la asamblea *in persona Christi*: «las oraciones que dirige a Dios el sacerdote –que preside la asamblea representando a Cristo– se dicen en nombre de todo el pueblo santo y de todos los circunstancias». Conviene subrayar que el concepto no es nuevo, porque ya aparece en el Nuevo Testamento y en los testimonios post-apostólicos, aunque sea relativamente reciente su revalorización (cf. LG 21, PO 6 y 13, OGM 7, 10 y 11). Ordinariamente ya no

hablamos de «celebrante», sino de «sacerdote celebrante», dado que –como afirma SC 26– el sujeto celebrante es la asamblea a la que él pertenece y con la que él mismo celebra.

No obstante, el ministerio de presidencia, cabeza y guía de la asamblea, significa una seria responsabilidad y una importante función: actúa representando a Cristo y se pone al servicio de la asamblea, mientras que antes se subrayaba la perspectiva sacerdotal referida al deber sacrificial y a la mediación entre Dios y su pueblo.

La renovada comprensión del papel del sacerdote en la celebración conlleva una particular atención desde la misma preparación, no sólo personal y espiritual como en el pasado –aunque también obviamente–, sino de tipo pastoral, al servicio de los fieles que participan y que consiste en la elección de textos y adaptaciones teniendo en cuenta sus capacidad de comprensión y participación.

2. PASTORES EN MEDIO DEL REBAÑO

Las afirmaciones del papa Francisco respecto a la liturgia que encontramos en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* así como otras intervenciones del pontífice dirigidas especialmente a pastores y seminaristas tienen implicaciones sobre el papel del presidente de la celebración.

El papa se refiere a la liturgia subrayando un aspecto fundamental de la celebración: la belleza. Bergoglio escribe que la «evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo» (EG 24). No se trata de una cuestión de simple belleza exterior, sino de dar espacio al verdadero Protagonista, que no es quien celebra, ni su creatividad, sus habilidades o su «actuación». No hay ninguna duda sobre la atención a la liturgia, pero es muy diferente la ostentación maníaca, que conduciría, en efecto, a que la Iglesia se convirtiera «en una pieza de museo o en una posesión de pocos» (EG 95) «pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia» (EG 95).

El sacerdote no es sólo el *liturgo*, que por su poder sacerdotal consagra el pan y el vino, sino el *pastor* de la comunidad, llamado –en virtud del sacramento recibido– a hacerla crecer en la fe, garantizando la fidelidad a la tradición apostólica. En razón de este ministerio él es el guía espiritual, que cotidianamente dedica a los fieles su laboriosidad y su vida y, consecuentemente, en el momento litúrgico, *culmen et fons* tanto de su vida como de la de la comunidad que pastorea, guía la oración y parte el pan en el lugar de Cristo. Su posición eminente, por tanto, es imagen de la paternidad ejercida en la vida cotidiana.

En la liturgia de una comunidad cristiana normal, será importante mostrar que quien guía la oración y parte el pan en el lugar de Cristo es el mismo que entrega su vida y su trabajo al cultivo y crecimiento de la fe de los participantes: está en el altar quien poco antes ha subido al ambón, y predica desde el ambón o desde la sede quien, como guía y padre –por la gracia del sacramento recibido– ha partido el pan de la Palabra en el lecho del enfermo, en medio del barullo de los niños, visitando en sus casas a las familias, en el coloquio espiritual con quien se halla a la búsqueda de Dios, o en las acciones caritativas o de compromiso social de la comunidad.

Corresponderá a la elaboración de un correcto estilo celebrativo encontrar el justo equilibrio, que ponga de manifiesto a todos los participantes que la Iglesia se reúne convocada por Dios y lo hace alrededor de su cabeza que es Cristo.

No está de más recoger las provocaciones que, de diversa procedencia, se lanzan a propósito de los modos y las formas de nuestras celebraciones, no para cuestionar la riqueza de significados y valores que la reforma conciliar nos ha regalado, sino para interiorizarlos y hacerlos propios con mayor conciencia.

Lino Emilio Díez VALLADARES

Sacerdote sacramentino es doctor en liturgia y asesor permanente de la Comisión Episcopal de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española.